

Radicalmente

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la perdida total de la fe”.
S.S. San Pio X



La escuela de Atenas.

Hace falta una cruzada de verticalidades

9 de agosto, 2017 II.32

“Erit enim tempus cum sanam doctrinam non sustinebunt sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros prurientes auribus, et a veritate quidem auditum avertent ad fabulas autem convertentur”.

Segunda carta a Timoteo.

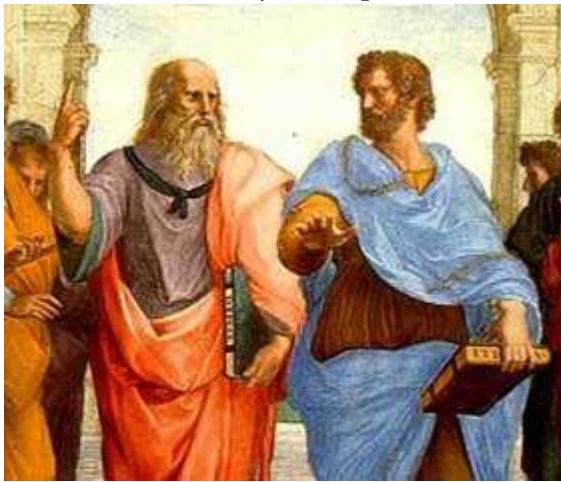
Krisis: Elogio del asombro.
(Del deslumbramiento y la fascinación)

En el fresco de Rafael, Platón, máximo exponente de la filosofía abstracta y teórica, sostiene el Timeo. Aristóteles, el gigante de la filosofía natural y empírica, su Ética a Nicómaco. Ambos, en el centro mismo de la escena, debaten la búsqueda de la Verdad. Cruzar de sus ojos y de sus ademanes: Platón apunta con su dedo al cielo, Aristóteles con su mano a la tierra. Todos los sabios *que en mundo han sido*, a su alrededor, se asombran.

Ya no nos asombramos. Universidad es verdad, y verdad es asombro. *Universitās magistrōrum et scholārium*, lo que radicalmente es, fue el fruto generoso de un grupo de santos y sabios monjes de la Baja Edad Media. La libertad académica fue el sueño hecho realidad de las escuelas catedralicias y monásticas que le dieron a luz por la preñez de la admiración y la extrañeza.

¡Alumbramiento! El parto humano, ruptura, culminación del embarazo creador, ¡deslumbramiento de úteros y mentes! Puerperio corpóreo o de intelectos, exige cruzar de las miradas, duelo, desafío, búsqueda, encuentro, apuntar a la

tierra y apuntar al cielo, crispar de armas, ardor en



castidad...

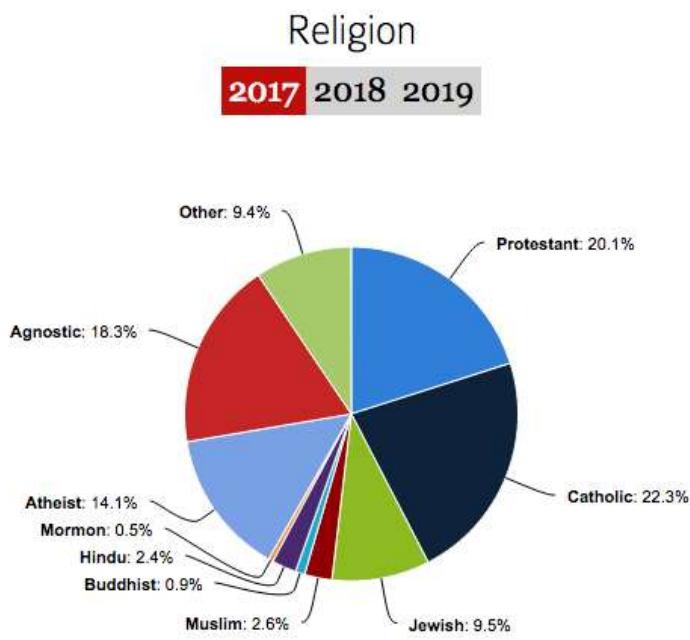
o es mediocridad, maldad atroz, rebajamiento.

Virginidad en la preñez, y luego, parto asistido, Nicómaco y Timeo por parteros. ¡Fascinación! que no transamos por nada menos.

Pero hay tristezas, porque han llegado los momentos que anunciara el profeta. Formas al hijo, los años de la infancia en molde bueno. Luego lo envías a la Universidad, y allí te lo destrozan, pedazo tras pedazo; deshacen y envilecen lo que pensaste, creíste ingenuamente, terminado y esculpido.

“Erit enim tempus cum sanam doctrinam... “Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas.” Parece que es hoy que Pablo le habla a Timoteo, que están en este ahora y en este aquí, en el recinto universitario, y la primera fábula que se escucha, entre bazofias radicales, es de Marxismo, esa atroz y malvada retorta de absurdas tonterías, muy adecuadamente útiles a

los maestros. Un cruzar de sus ojos y de sus ademanes. Pablo le apunta con un dedo al cielo, y con su otra mano al cielo de los que no soportan la doctrina sana.



Freshmen at Harvard. Source: The Crimson.

¿Freshmen? Harvard es una más en el lugar común que es nuestra tragedia. Así, como ese frío cuadro de porcientos, les entregamos, lozanos, verdes, los hijos nuestros. Toman ese 22%, y el 20, y el 9.5% que colocamos en sus malhadados dedos, y expanden, con ellos, el 14.1% del ateísmo hasta constituirlo en un agigantado, desolador por ciento. Y nos quedamos tan indiferentes. Toman nuestra obra maestra, se la volcamos al maligno para que la retuerza. Impávidos, nosotros. ¡Culpables hasta el tuétano, si condescendemos a la prostitución de sus conciencias!

La Universidad, como el Seminario, fue, ¡tienen que ser! el

maravilloso paraje donde se forjan los mañanas de la patria. Lo fue, el ¡Alma Mater!, en sus raíces: desde aquella Bolonia del 1089; Oxford del 1096; París, 1150; la de Módena de 1175; Cambridge, Palencia; Salamanca, 1218. Escuelas catedralicias sembradas en lo más profundo y recio del Occidente. La primera en ostentar el título de Universidad, lo fue por el edicto de 1253 de Alfonso X de Castilla y León. Padua, Nápoles... hasta *la última*, la de Perugia en 1308. A fines del siglo XIII el *ius ubique docendi* era ya la marca certificadora de una universidad. Hasta la llamada “Reforma” protestante, del siglo XVI, se habían establecido ochenta y una universidades en Europa.

¿Qué se ha hecho de aquellas como doctas plegarias a los cielos, de su lustre, su apasionamiento por la verdad, su adhesión a ella, con la convicción de que sólo ella nos hace libres?

¿A dónde ir? ¿A quién confiarle mis hijos y los nietos de tus nietos? Es tarde para una pregunta que ya no tiene una respuesta. La culpa ha sido, es, nuestra. Quebrada la castidad del espíritu no les tomó sino alzarse con un botín que, indolentes, abandonamos. Tenemos tanta tarea, es tan alta la montaña de los dineros que levantamos, que se ha escapado el tiempo, y con él pudores y elegancias que sembraba la Universitās -del *unus* que no admite división- Y el populacho se ha abalanzado sobre los despojos - ¡los hijos nuestros!, que hemos dejado a un lado del camino-, con su vulgaridad, su falta de respeto al intelecto, a la doctrina seria. Nuestra avaricia y nuestra poltronería, ¡aunadas! han

hecho que el zafio y el maligno nos hayan usurpado lo más nuestro.

Ya nos había advertido Chaadaev que los pueblos, como los individuos, son entes morales. Mil años llevó al cristianismo conquistar Europa. Nos la han descuartizado, y con ella a la América, su reverdecer más frutecido. Seminarios y universidades, cuanto montaba, acaso lo único que valga e importe, ha caído en las asquerosas zarpas de rojos y depravados. Sin alma y sin cerebro rodamos a merced de ellos.

Harvard entre las *Ivy League, the eight private institutions ranked among the best universities worldwide*, y sus hermanas y hermanastras, asumen la desatendida, nuestra, tarea. Aceptan al hijo abandonado en displicencia, por la codicia de *imperiosos empeños*; porque a ellos sí les importa, porque el maligno no se toma vacaciones, asumen nuestros quehaceres: ya no arden las brasas en el lar, que tampoco hacen falta porque todos los rincones están vacíos en cada casa de hijos pocos y de padres ausentes. Cuando las catedralicias universidades ennoblecían, el hogar estaba hinchado como barril de vino bueno: los hijos eran muchos, que era necesario dar uno a la guerra, el otro al clero, el tercero a las leyes, el cuarto al comercio; y las hijas, y las tías, y las bisabuelas, bullían en torno a la madre presente, santa y reina. Pero eso es tema para otro tema.

Mientras aquellos menguan, crecen otros hijastros: los más audaces que los hijos de la luz. Como su padre, el diablo, no toman vacaciones: rechazan la diversión que nos divierte. Trabajan en bloque unido, con la astucia de los del mundo.

Jugamos nuestros juegos con los juguetes rotos que se regala al zafio; ellos, muy seriamente, trabajan, emponzoñan, cavan.

En el fresco de Rafael, ambos, en el centro mismo de la escena, debaten la búsqueda de la Verdad: Platón apunta al cielo, Aristóteles lo hace a la tierra. Los sabios, en derredor, se fascinan, se extrañan. ¿Verdad? ¿Mentira? ¿Será posible, que nosotros ¡me niego a creerlo!, arrancado el asombro, apuntemos, vulgares, a la procacidad del vientre? ¡Reniego y me sublevo!

“*Erit enim tempus...*”. Vendrá otro tiempo... y es tarea nuestra fabricarlo; sublevarse es lograrlo. ¿Cómo? pregunto a Nicómano, al Timeo. He comenzado a tener fe: veo un hueco en el techo, cuatro forzudas cuerdas, camilla, y un paralítico. Veo que reaparecen siete plagas en Egipto, una marca de sangre en el dintel, un mar que es rojo y carruajes egipcios, y una columna de humo... Es el comienzo. Largo el camino de llameantes arenas; y en ellas una serpiente toda de bronces, levantada en un palo. Tengo fe en el Cristo. Fe en la guerra.

(continuará)...

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo. Jorge.